

do que vino á la conquista. Bajo cualquier aspecto que se mire aquella accion, fué un horrible atentado. Si se supone por móvil la codicia, es un acto de escandaloso bandolerismo. Admitiendo el deseo de aterrar á los indios, para prevenir una insurreccion, es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja. Ante esta matanza, queda pálida la de Cholollan. Fué un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario; dió principio á esa larga série de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.

Entre la primera y la segunda entrada de Cortés en México, el desman de Alvarado había cavado una profunda sima. Había desaparecido la ilusion en los descendientes de Quetzalcoatl; aunque parecieron muchos al principio, bastaba para admitirles ser blancos y barbudos y venir por el Oriente; pero otros y muchos más llegaron en pos de los primeros, y no como hermanos, sino para calumniarse y combatirse. Las debilidades que mostraban sin embozo, sus malos instintos, sus inmoderados deseos de oro y de placeres, su amor por la guerra y la destruccion, no podían acreditarlos como dioses, ni ménos por los dioses pacíficos y justos, prometidos por el antiguo profeta. Ahora los indios de Cuba les informaban, en cuanto podían alcanzar, de la procedencia de aquellos conquistadores, de cómo se habían apoderado de las islas, en cuál manera se habían comportado con la poblacion indígena. No cabía la menor duda, aquellos seres brotados de las ondas del Océano no tenían nada de divino. Pero aún así, habían vivido en paz con ellos; pero abusando de su fuerza les habían tomado su riqueza, sus mujeres, su rey á quien habían afrentado, y no contentos con aquello dieron la muerte á cuanto grande y distinguido respetaba el pueblo. En adelante, sólo podía tener cabida la guerra sin cuartel.

(1) Sahagún, lib. XII, cap. XXIII.

(2) Herrera, lib. II, cap. VII.

(3) Herrera, lib. II, cap. XXIII.

CAPITULO X.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMATZIN.

Ordenes de Cortés para abrir el mercado.—Cuillahuac puesto en libertad.—Principio de los combates.—Asalto al cuartel español.—Nuevos combates.—Motecuhzoma arenga á los guerreros.—Cuauchtemoc le dispara la primera flecha.—Heridas de. monarca.—Los testugines ó tortugas.—Asalto al teocalli mayor.—Nuevas pláticas.—Determinase abandonar la ciudad.—Blas Botello el astrólogo.—Empeñada lucha en las puentes.—Muerte de Motecuhzoma Xocoyotzin, de Cacamatzin y de otros señores.

Iltecpatl 1520. El siguiente 25 de Junio amaneció la ciudad con aspecto amenazador; no acudieron los méxica con los víveres que ántes acostumbraban dar, y la misma contratacion estaba suspendida, pues los mercaderes se habían abstenido de concurrir al *tianquiztli*. Cortés se había pensado que su presencia sola bastaría para restablecer la paz, y aún por el camino se venía lisonjeando con sus nuevos compañeros de armas de mandar absolutamente en la tierra, así sobre Motecuhzoma, como sobre todos los pueblos; "y viendo que todo estaba al contrario de sus pensamientos, que "aún de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la "muchacha gente de españoles que traía y muy triste y mohino." En

aquella sazón llegaron dos principales nobles á rogar al general, de parte del monarca, tuviese á bien verle porque tenía necesidad de hablarle. D. Hernando respondió airado: "Vaya para perro, que aún tianguez no quiere hacer ni de comer nos manda dar." Oyendo semejante respuesta los capitanes Juan Velázquez de Leon, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila y Francisco de Lugo, observaron al general: "Señor, temple su ira; y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey destas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuéramos muertos y nos habrían comido, é mire que hasta las hijas le han dado." Cortés recibió aquellas palabras cual si fueran reprimenda, replicando con desabrimiento: "¿Qué cumplimiento tengo yo de tener con un perro que se hacía con Narvaez secretamente, é ahora veis que aún de comer no nos dá?" Y dijeron nuestros capitanes: "Esto nos parece que debe hacer y es buen consejo." (1) Engreído D. Hernando con el triunfo perdió la antigua templanza; la próspera fortuna cambió de pronto su carácter, en aquellos críticos momentos faltóle la sagacidad acostumbrada.

Cortés respondió á los nobles dijese á su señor mandase inmediatamente abrir el *tianquiztli*; so pena de fieras amenazas: los mensajeros fueron á decirlo así á Motecuhzoma, relatándole la escena que habían presenciado y entendido. De todo recibió gran pesar el monarca, pues ya era patente el desprecio y el odio que sobre él pesaba. Para disculparse todavía mandó responder al general, que estando preso no podía dejar el cuartel; si quería ser obedecido soltase á alguno de los principales prisioneros, que lo fuesen á ordenar. Sabemos que presos en el cuartel, algunos en la "cadena gorda," existían los reyes de Tlacopan y de Texcoco, muchos de los principales sacerdotes, con los nobles de mayor cuenta. Caminando el general de error en error, dejó libre á Cuitlahuac, intimándole fuese á cumplimentar sus órdenes. (2)

Cuitlahuac, hermano de Motecuhzoma y señor de Itzapalapan, era el presunto heredero del trono de México: en la fuerza de la edad, valiente guerrero, tlacochcalcatl en el ejército, diestro general, hábil político en su pueblo, unía al acendrado amor de la patria el aborrecimiento á los hombres blancos y barbudos. Como contra

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. VIII.

sejero opinó siempre porque los teules no fuesen recibidos en la ciudad; tomó parte en los intentos de Cacamatzin contra los invasores; reducido á prision como conspirador y peligroso, fué puesto en la "cadena gorda." Dejado en libertad para ordenar se abriese el mercado, los acontecimientos posteriores dan á entender que en lugar de cumplir el mandato, se puso inmediatamente al frente de los guerreros para comenzar la guerra: los méxica encontraban el jefe que les faltaba.

Después de misa salió á caballo Antonio del Rio, portador de una carta para el regimiento de la Vera-Cruz, en que el general comunicaba haber entrado en la ciudad y estar ya seguro. Media hora después tornó al cuartel huyendo, descalabrado y herido, dando voces de que los méxica se acercaban en son de guerra. Había llegado á la plaza del mercado en Tlaltelolco cuando los indios le comenzaron á dar grita y perseguir; acudiendo mayor número de asaltantes pudo abrirse paso con la espada, viniendo al alojamiento á dar la terrible nueva. Casi inmediatamente asomaron los guerreros por las avenidas de las calles, coronáronse las azoteas de tiradores, oyéronse los gritos de guerra, comenzando una espantosa pelea. (1)

A contener el primer ímpetu salió Diego de Ordaz con cuatrocientos peones, los más escopeteros y ballesteros, con algunos jinetes; no llegaron á la media calle sin ser embestidos por los escuadrones méxica, disparando flechas, varas arrojadas y piedras, mientras los de las azoteas descargaban una granizada de tiros. Desplegando la hueste todos sus esfuerzos no pudo adelantar un solo paso, hasta que muertos ocho hombres, heridos muchos, contando también al capitán Ordaz, se vió obligada á retraerse; pero envuelta y atacada igualmente por retaguardia, se abrió paso con lentitud y dificultad. A socorrerla salió D. Hernando por dos ó tres partes diversas; recibidas aquellas partidas con el mismo denuedo, herido Cortés así como algunos castellanos, todos tuvieron que refugiarse en la fortaleza para evitar su total pérdida. Intentaron desalojar los tiradores de las azoteas, quemando algunas casas; los méxica arrojados de un punto aparecían en otro, sin ser posible mantenerse contra ellos.

Al mismo tiempo combatían la fortaleza. La artillería había am-

(1) Cartas de Relac. pág. 133.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. VIII.

plios claros en los escuadrones indios; la saeta de la ballesta y la pelota del arcabúz daban de lleno en el blanco; pero los muertos desaparecían como el cuerpo grave que en las aguas se hunde, y la ondeante superficie de los penachos de los guerreros se unía y compacta se adelantaba siempre. Nada aprovechaban "nuestros tiros" y escopetas, ni ballestas ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, "ni nuestro buen pelear; que aunque les matábamos y heríamos muchos dellos, por las puntas de las picas y de las lanzas se nos metían; con todo esto cerraban sus escuadrones y no perdían punto de su buen pelear ni les podíamos apartar de nosotros." (1) Intentaron abrir brechas; sus débiles ingenios de guerra poco pudieron contra las sólidas paredes. Lograron poner fuego en unos cobertizos de madera y paja, poniendo en gran aprieto á los sitiados; mas estos atajaron el incendio echando tierra y derribando una parte del muro. Por el portillo abierto, sobre las llamas y las brasas, envueltos con el humo se precipitaron los méxica, acudieron á la defensa los blancos con copia de artillería, ballesteros y arcabuceros, faltando poco para que los asaltantes, "entraran á escala vista sin los poder resistir." (2) Rechazados, volvieron á la carga repetidas veces, hasta que la oscuridad puso término á la sangrienta pelea.

Pasaron la noche los blancos en reparar los portillos, fortalecer, los lugares flacos, curar más de ochenta heridos, tomar las disposiciones necesarias para la inmediata jornada. Durante las tinieblas no reinó tranquilidad completa: el zumbir de la piedra ó el silbar de la flecha avisaban la proximidad del enemigo, y alguna vez un guerrero atrevido, gritaba denuestos y desafíos al pié del muro.

El siguiente martes 26 de Junio, para escarmentar á los indios, determinó Cortés, dejando competente guarnición en la fortaleza, hacer muy temprano una salida general; mas cuando los castellanos salieron á las calles, ya los contrarios estaban con las armas en la mano. Los méxica combatieron, si posible, más rícidamente que en la jornada anterior; tanta era la multitud de combatientes, "que los artilleros no tenían necesidad de puntería, sino ásestar en los escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacía mucho

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(2) Cartas de Relac. pág. 134.

"daño, porque jugaban trece arcabuces, sin las escopetas y ballestas hacían tan poca mella, que ni parecía que lo sentían, porque donde llevaba el tiro diez ó doce hombres, se cerraba luego la gente que no parecía que hacía daño ninguno." (1) No obstante ser el ataque simultáneo y en diferentes direcciones, los guerreros méxica mantuvieron su reconocida nombradía, peleando con tanto denuedo que llamó la atención de los mismos blancos. Nada importaba derribarlos á cientos, "que tan enteros y con mayor vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando una poca de tierra ó parte de calle, y hacían que se retraían, era para que les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar más á su salvo en nosotros, creyendo que no volveríamos con las vidas á los aposentos; porque al retraernos hacían mucho mal." (2) Duró el combate en las calles todo el día, sin más fruto para los castellanos que haber quemado algunas casas; cansados, hambrientos, con gran trabajo y peligro lograron recojerse al cuartel, habiendo perdido doce hombres muertos y contado multitud de heridos. Los méxica los persiguieron hasta encerrarlos en la fortaleza, hartándolos de improperios.

Sentido el daño de pelear á cuerpo descubierto, ideó D. Hernando formar tres máquinas ó ingenios, llamados buros ó mantas. Consistían en un arazon fuerte de madera, cubierto de gruesos tablonnes, capaces de contener cada una de veinte á veinte y cinco hombres; tenían á los frentes troneras, saeteras y salidas, y sustentadas sobre ruedas los hombres abrigados en el interior, podían moverlas y dirigir las á su antojo. Fuera de las armas los encastillados iban provistos de picos, azadones y barras de hierro, para horadar los muros de las casas y destruir las albarradas levantadas por los indios en las calles. En fabricar las máquinas gastaron la noche del 26 y lo que pudieron del miércoles 27. (3)

Ocupados los españoles en hacer su labor, no salieron del cuartel el día 27; mas los méxica acudieron al asalto con su acostumbrada

(1) Cartas de Relac. pág. 135.

(2) Bernal Díaz cap. CXXVI.

(3) Cartas de relac. pág. 135. En el orden de los sucesos seguimos de preferencia la autoridad de Cortés, quien escribía á Carlos V solo cuatro meses despues (20 de Octubre 1520), teniendo fresca la memoria de los hechos, mientras Bernal Díaz, formó su relato por reminiscencias despues de algunos años.

furia. En despecho de los tiros de los sitiados avanzaron sin vacilar hasta los portillos de los muros; prometían á los sitiados acabar aquel día con ellos, ofreciendo sus corazones y sangre á los dioses; hartarse con sus brazos y piernas, mientras arrojarían el resto de los despojos á las fieras; peores y más sañosas amenazas dirijían á los aliados totona y tlazcalteca. Los empujes, aunque siempre rechazados, se sucedían sin intermision; los asaltantes dispuestos por divisiones que sucesivamente acometían, tenían tiempo para descansar y comer, mientras los blancos se veían obligados á combatir sin tregua ni descanso. Cuiclahuac al frente de los guerreros conducía los asaltos, introduciendo en la manera de pelear cuantas modificaciones le iba sugiriendo la experiencia.

Una de las divisiones llegadas de fresco apretó tanto en la pelea, que el mismo D. Hernando, intrépido y sereno en el combate, se creyó en peligro; para conjurarle, recordando que la presencia de Motecuhzoma había puesto punto á la guerra cuando lo de Alvarado, no obstante lo muy mal que había tratado al monarca prisionero, ocurrióle tocar aquel mismo medio para terminar el conflicto. "Y viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azotea, y les dijese que cesasen las guerras y que nos queríamos ir de su ciudad; y cuando el gran Montezuma se lo fueron á decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: "¿qué quiere de mí ya Malinche? Quo no deseo vivir ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído." Y "no quiso venir; y dicen que dijo que ya no le quería ver ni oír á él ni á sus falsas palabras ni promesas ni mentiras; y fué el padre de la Merced y Cristobal de Oli, y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas. Y dijoles el Montezuma: "Yo tengo creído que no aprovechará cosa ninguna para que cese la guerra; porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida; y así, creo que todos vosotros habeis de morir en esta ciudad." (1)

No obstante la repulsa, urgido Motecuhzoma revistióse de las insignias reales, subió á la azotea y se adelantó hasta el pretil; acompañábanle dos rodeleros para defenderle de los tiros y Marina para entender la plática. A la vista del emperador los guerreros soltaron

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

las armas, prosternáronse pegando el rostro contra el suelo, cerraron los ojos y guardaron profundo silencio. Alzó la voz Motecuhzoma diciendo gravemente: No estoy preso entre los blancos, vivo entre ellos de mi voluntad y puedo dejar el palacio é irme con vosotros cuando bien me plazca; cesad de combatir, ninguna razon teneis para pelear; los teules prometen dejar la ciudad y con ello quedaremos todos satisfechos. Semejantes palabras tibias y mal escogidas, dictadas por el miedo, mentirosas, pues estaban contradichas por los hechos, no produjeron el efecto deseado. "Y apenas había acabado, cuando un animoso capitán, llamado Quauhtemoc, de edad de diez y ocho años, que ya le querían elegir por rey, dijo en alta voz: "¿Qué es lo que dice ese bellaco de Motecuzuma, mujer de los españoles? Que tal se puede llamar, pues con ánimo mujeril se entregó á ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto á todos en este trabajo; no le queremos obedecer, porque ya no es nuestro rey, y como á vil hombre le hemos de dar el castigo y pago." En diciendo esto alzó el brazo y enarcando hacia él disparóle muchas flechas, lo mismo hizo todo el ejército." (1) Los mexicanos estaban acostumbrados al más tiránico despotismo; Motecuhzoma no sólo era visto como rey, sino como una divinidad; ninguno se le atreviera, á no ser una persona muy principal, constituida en superior autoridad, con las inmunidades y prerogativas de la sangre real. A ejemplo del caudillo, los guerreros dejaron la humilde postura, pusiéronse en pié empuñando las depuestas armas, y alzando un inmenso vocerío dispararon una granizada de piedras y de saetas. Siendo tan copiosos los tiros, los guardas no supieron arrodelar al monarca, quien recibió una pedrada en la sien y dos heridas en pierna y brazo: al golpe se derribó bañado en la propia sangre. (2)

(1) Códice Ramírez. MS.—Sigue esta autoridad Acosta, Hist. nat. y moral de las Indias, lib. VII, cap. XXVI.—Confírmalo el texto mexicano de los Anales Tolteca-chichimecas, n.º 5 de la Colec. Ramírez, diciendo, aunque trastornando el año: "I acatl 1519. En este año llegaron los españoles cuando Cuauhtemotzin le tiró con piedra á Moteuczoma, por lo que murió éste y fué bautizado con sangre."—Prescott, Hist. de la Conq. tom. 2, pág. 15, nota, cita á Acosta.—Clavijero, tom. 2, pág. 99, nota, escribe: "El P. Acosta dice que el mexicano que dirigió aquellas injurias al rey fué Cuauhtemotzin su sobrino, y despues último rey de México; pero yo no lo creo." No alega razon ninguna, fuera de su propia incredulidad, de ningun peso en el presente caso.

(2) Carta de Relac. pág. 136.—Bernal Díaz, cap. CXXVI.—Gomara, crón. cap. CXXII, aventura la idea improbable de que los mexicanos no vieron á Motecuhzoma